

Cuanto mas contrario se mostraba el elector Federico Guillermo á toda idea de arreglo que le enemistara con Francia y cuanto mas enérgica é incesantemente defendía la paz ó el armisticio con Luis XIV en lo relativo al botin de las *reuniones*, tanto mas intentaba la diplomacia austriaca vencer la tenaz resistencia del rencoroso príncipe, acerca de cuyos secretos tratados con Francia solo se abrigaban meras sospechas y circulaban vagos rumores. En febrero de 1684 fué enviado á Berlin el conde Lamberg para hacer la última tentativa; pero su mision fracasó por completo, pues precisamente entonces firmó el elector con Luis XIV un nuevo tratado secreto de alianza por el cual se comprometía aun mas estrechamente de lo que estaba para apoyar las pretensiones de Francia y oponerse con todas sus fuerzas á cualquiera decision del Imperio que directa ó indirectamente pudiera tener por consecuencia una guerra con la nacion francesa (1). El embajador francés, conde de Rebenac, dominaba la situacion en Berlin, mas que con sus amenazas de cuando en cuando formuladas, con sus regalos oportunamente ofrecidos, mediante los cuales podia mostrarse osado aun en las mas altas regiones y sobrepujar en recursos diplomáticos de índole análoga á los intentados por el gobierno de Viena (2). Pronto reconoció el conde Lamberg que nada debía esperar para el logro de sus propósitos, así es que despues de algunas semanas de negociaciones infructuosas salió de Berlin en marzo de 1684, convencido de que la política de Brandeburgo estaba ligada con lazos indisolubles á la de Francia. El elector le declaró, poco antes de marcharse, que estaba dispuesto á ayudar al emperador con 20,000 hombres contra el mortal enemigo en cuanto se aceptara el armisticio y quedara con ello asegurada la paz con Francia. Era imposible llegar á una inteligencia: en su última memoria escribía Lamberg que al elector se le había puesto en la cabeza «ser el árbitro de la paz y de la guerra en el Imperio (3).»

De todos modos la tenacidad del brandeburgués constituía un obstáculo invencible, pues en el Parlamento alemán disponia, en la cuestion de la paz con Francia, de la mayoría de votos, por lo menos en el colegio de los electores, por lo cual la política imperial hubo de decidirse poco á poco á dar un paso atrás. Resistióse á ello durante semanas y meses, continuando en este tiempo cada vez mas empeñada la lucha entre los partidos de Viena; pero el día 4 de junio rindióse Luxemburgo é inmediatamente despues el mariscal Crequi ocupó á Tréveris, cuyas fortificaciones mandó derribar mientras en Alsacia y en Saarluis se concentraban con carácter amenazador algunos cuerpos de ejército franceses. A todo esto se agregaba la situacion en Hungría: el golpe que los turcos habían recibido ante los muros de Viena no había sido bastante á quebrantar su poder, y el sultan, despues de haber hecho ahorcar en Belgrado al desdichado gran

(1) Tratado de 25 (15) de octubre de 1683: esta fecha, sin embargo, es simulada, pues en realidad el tratado se firmó en febrero de 1684, en el mismo tiempo en que se encontraba en Berlin el conde Lamberg (véase Morner: *Tratados internacionales*, pág. 731). El artículo 5.º decía: El elector se obliga nuevamente á trabajar para que sean aceptadas las condiciones del armisticio francés «y á no permitir jamás, en cuanto de él dependa, que el Imperio adopte una resolución unánime que directa ó indirectamente tienda á una guerra contra Francia.» Los subsidios franceses fueron aumentados en 100,000 libras anuales en tiempo de paz y en 200,000 libras anuales para el caso de guerra.

(2) *Memorias y documentos*, tomo XIV, pág. 1124: los pormenores que allí se consignan acerca de los regalos hechos por Rebenac (al elector le regaló 20,000 ducados y á su esposa tapicerías por valor de 30,000) fueron dados verbalmente por el príncipe Juan Jorge de Anhalt, enemigo de la alianza francesa, que como cuñado del elector es de suponer que estaría perfectamente informado.

(3) Memoria de Lambert al emperador, de 14 de mayo de 1684, *Memorias y documentos*, tomo XIV, pág. 1134.

visir Kara-Mustafá, se preparaba á continuar la lucha con todas sus fuerzas. El sitio de Buda-Pest, comenzado por el duque de Lorena, tuvo que ser levantado al cabo de algunos meses. Era, pues, de todo punto imposible, dada la insuficiencia de los elementos militares y el desastroso estado de la hacienda, atender al conflicto, que repentinamente se había desencadenado sobre Austria, de una doble guerra contra Francia y contra los otomanos. Los Países Bajos, con gran descontento de Guillermo III, iniciaron la obra de la pacificación, concertando un armisticio por veinte años, en virtud del cual los Estados generales se obligaban á obtener de España que renunciara á Luxemburgo á cambio de la restitucion de Courtrai y Dixmuyden, recientemente conquistadas, y en efecto, gracias á la impotencia de España quedó resuelta esta cuestion en favor de Francia (4).

Poco despues, habiendo el emperador cedido en su resistencia, firmóse en Ratisbona el tratado de paz entre Francia y el Imperio, paz que Luis XIV consintió al fin en que se hiciera en forma de armisticio por veinte años y acerca de cuyas condiciones se discutió hasta el último instante; mas habiendo declarado el embajador francés Verjus que de no estar firmado el tratado el día 15 de agosto, Francia retiraría todos sus ofrecimientos, procedióse á la firma poco antes de la media noche del citado día.

En este armisticio por veinte años de 15 de agosto de 1684, concedióse al rey de Francia por este período la tranquila posesion de Estrasburgo, con el fuerte de Kehl y con todas aquellas plazas y territorios de que el monarca francés se había apoderado en virtud de las sentencias dictadas hasta 1.º de agosto de 1681 por las Cámaras de Reunion de Metz, Breisach y Besanzon: Luis XIV, á su vez, se obligó, á favor de los protestantes que en aquellos territorios habitaban, á asegurarles el libre ejercicio de su religion y á conservar sus iglesias y escuelas (5).

Con esto quedaba aparentemente aplazada durante veinte años y por virtud de un expediente diplomático la contienda entre Francia y el Imperio alemán que había tenido su origen en los violentos despojos de las *reuniones*, consignándose además en el tratado la reserva oficial de que inmediatamente se entablarían negociaciones para una paz definitiva. Los alemanes, unos de buena fe y otros procurando engañarse á sí mismos, se aferraron á la idea de que no se había renunciado definitivamente á ningún derecho del Imperio y de que dentro de veinte años todas las pretensiones recobrarían su fuerza y podrían ser exigidas con la mayor energía. Por el contrario, el gobierno francés miraba, como era natural, las cosas desde muy distinto punto de vista y entendía que la posesion de los territorios de las *reuniones* era definitiva é invariable y que la forma del armisticio no era mas que un acto de cortesía diplomática para hacer mas llevadero al Imperio alemán el hecho de la cesion de territorios. El armisticio era, en efecto, como lo había sido la paz de Westfalia, simplemente un recurso adoptado con ciertas reservas por ambas partes para salvar las dificultades del momento, de otra suerte imposibles de resolver, y para conservar por de pronto la paz por medio de un convenio que en nada comprometía las decisiones que en lo porvenir pudieran tomarse.

Pero la profunda humillacion que suponía el hecho de abandonar sin la mas pequeña lucha al altanero expoliador

(4) El formal restablecimiento de la paz entre Francia y España, con la cesion de Luxemburgo y otras plazas á cambio de la devolucion de las dos antes citadas ciudades, cuyas fortificaciones fueron previamente derruidas, ocurrió al mismo tiempo que se firmaba con el Imperio el convenio de 15 de agosto de 1684.

(5) Pachner de Eggestorff, tomo II, pág. 519.

las ciudades y los territorios violentamente arrebatados á Alemania, no quedaba compensada de una manera honrosa, ni siquiera eficaz, por aquella tregua de paz y de tranquilidad tan deseada. El estado de paz que se creía establecer por un período de veinte años no duró mas de cuatro. La política de Brandeburgo había triunfado: el emperador y el Imperio se sometieron á la exigencia por ella formulada desde el principio de las *reuniones* y el elector Federico Guillermo pudo jactarse, como ya era costumbre en él, de haber tomado el desquite de la paz de Nimega. Sin embargo, esta victoria no puede contarse entre los timbres de gloria del gran príncipe, quien no se dió por muy satisfecho de haberla alcanzado y pronto emprendió otros derroteros. El armisticio de Ratisbona ni siquiera evitó al Austria y al Imperio la calamidad de una doble guerra contra Francia y contra Turquía; lo único que hizo fué aplazarla por algunos años, durante los cuales ocurrieron algunas novedades de grandísima importancia.

CAPITULO VII

PREPARATIVOS PARA NUEVAS LUCHAS ENTRE FRANCIA Y EL IMPERIO

En el firmamento de brillantes y afortunados éxitos en cuyo centro irradiaba el sol de la monarquía de Luis XIV, veíanse, aun en el glorioso período que siguió á la toma de Luxemburgo y al armisticio de veinte años, algunos puntos oscuros.

Es de presumir que, si Viena hubiese caído en 1683 en poder de los turcos, el poderío de Francia habría adquirido todavía mayores proporciones, pues derrumbado el poder de Austria apenas hubiera podido encontrarse otra solución á tan terrible catástrofe mas que la de que Luis XIV se encargara de atajar á los infieles en sus ulteriores avances, empresa que sin duda habría llevado á feliz término y para cuya realizacion la misma fuerza de las cosas habría impuesto su jefatura á los amenazados Estados alemanes. De haber esto sucedido, el monarca francés no habría dejado de reclamar á la cristiandad, por él salvada de una conflagracion segura, la recompensa de tantos y tan «cristianísimos» servicios, y habría quedado justificada y consagrada la supremacía de Francia en Europa. En este caso ¿quién hubiera podido negar á la monarquía borbónica la significacion y el título de Imperio de Occidente?

Pero nada de esto había acontecido: el emperador había podido defenderse de la agresion de los infieles sin la ayuda de Francia y proseguía en los campos de batalla de Hungría la victoria alcanzada á las puertas de Viena. Para continuar la lucha aliáronse á él en la Santa Liga el papa Inocencio XI, Polonia y Venecia; el rey Juan Sobieski avanzaba sobre Moldavia y Valaquia; se gestionaba el ingreso de Rusia en la alianza, y en Venecia el héroe Francesco Morosini, «el Peloponesio», arrastraba á la república á la empresa de la conquista de Morea. Era aquel un levantamiento general en toda la línea contra los otomanos, iniciado por la jornada decisiva de Viena; y las luchas del emperador en Hungría fueron el centro del gran sistema de ataques contra el poder de los turcos en la Europa sudoriental.

Es innegable que el poderío y la consideracion del Estado austriaco habían crecido extraordinariamente desde el «milagro» de Viena, y aun cuando, estudiada en todos sus pormenores la situacion, nos presenta una multitud de apuros pecuniarios y de errores del gobierno, inseguridad en la direccion y cambios y vacilacion en la adopcion de acuerdos, es lo cierto, y así lo comprendía el mundo entero, que había

cobrado nueva vida el gran interés general europeo de la lucha contra el bárbaro poder de los infieles y que Austria había llegado á ser el centro del movimiento que tantos triunfos prometía.

Francia ocupaba en esta contienda un puesto secundario: quizás irían demasiado lejos los que afirmaran que esta potencia quedó por ello completamente oscurecida, pero es lo cierto que al lado del esplendor y de los triunfos de la monarquía francesa existía en Europa una cuestion pública, la guerra contra los turcos, que cada día tomaba mayores proporciones, que atraía la atencion de todos, excitaba el interés de los Estados y era verdaderamente digna de la importancia que universalmente se le concedía. En los mismos días en que Luis XIV mandaba bombardear á la indefensa ciudad de Génova porque las autoridades de aquella pequeña república se habían hecho sospechosas de adhesion al emperador y á España, el ejército imperial andaba en Hungría empeñado en la lucha contra el nuevo serasquier turco y conseguía sobre él importantes victorias; y mientras las fortalezas turcas en Hungría caían rápidamente una en pos de otra en poder de los austriacos y Morosini clavaba el pendon de San Marcos en las murallas de las conquistadas ciudades del Peloponeso, consiguiendo con ello otro brillante triunfo la civilizacion y el cristianismo, Luis XIV inauguraba una odiosa guerra de sucesion para el arreglo de la herencia de la casa palatina de Simmern, asesinaba á los vasallos protestantes de ésta y poco á poco iba invadiendo las fronteras belga y alemana.

Los que no se dejan alucinar por la magnificencia del Estado francés, cuyos esplendores fueron ostentados con pompa teatral, pueden afirmar que la accion verdaderamente grandiosa y de real importancia histórica no fué en aquellos años la de Luis XIV, sino que estuvo en el camino que, aunque como siempre vacilante, emprendió el Austria en union de sus aliados: por él se iniciaron obras y se establecieron relaciones que sobrevivieron á la accion de los siglos.

Todo el interés de Europa se concentraba en lo que hacían los imperiales; todas las miradas estaban fijas en la guerra contra los turcos; de todos los países acudían á incorporarse al ejército del emperador soldados voluntarios, príncipes ilustres, aguerridos combatientes, creyentes entusiastas, como aquellos sesenta hijos de artesanos de Barcelona que con grandes penalidades hicieron el largo viaje á Hungría para tomar parte en la lucha contra los infieles y que despues sucumbieron casi todos en las trincheras y en las brechas de Buda-Pest. Hasta aquellos que por sus achaques eran impotentes para tomar parte en la lucha, mostraron el interés vivísimo con que seguían los acontecimientos que se desarrollaban en el lejano Oriente, como por ejemplo el valedudinario elector Carlos del Palatinado, que mandó fortificar un viejo castillo que tenía en el Rhin y bautizándolo con el nombre de Negroponto se entretuvo durante un par de semanas en simular un sitio en el cual hicieron de sitiados y sitiadores sus propios soldados y los estudiantes de Heidelberg disfrazados de turcos y de imperiales (1).

El mismo Luis XIV vió, con gran descontento, como el deseo de luchar en la guerra contra los turcos invadía las mas íntimas esferas de su corte. Toda la juventud de la aristocracia cortesana — dice un testigo que á ella pertenecía (2) — hubiera estado pronta á partir para Hungría si el rey le hubiese dado su permiso para ello, como lo hicieron, sin esperar la vénia del monarca, los dos príncipes Conti, cuyo

(1) Hausser: *Historia del Palatinado del Rhin*, tomo II, página 708.

(2) De Souches: *Memoires* (en la nueva edición de 1882), tomo I, pág. 196.

ejemplo siguieron muchos nobles de su séquito. Luis XIV, al fin, les permitió que, en caso de partir para la guerra, fueran á Polonia y se unieran al ejército de Juan Sobieski; pero ellos, prescindiendo del mandato real, se dirigieron á Hungría y se agregaron á las fuerzas imperiales. Allí, en el sitio de Neuhausel expusieron su vida de un modo tan temerario que el emperador les hizo decir que si no miraban mas por su vida les encerraría en la fortaleza de Komorn (1). Los dos príncipes y todos cuantos les siguieron recibieron á su regreso las mas expresivas muestras del desagrado del monarca.

Las fuerzas militares alemanas tomaron parte tan principal en aquellas luchas sostenidas en el Este de Europa, que sin ellas no hubiera sido posible la prosecucion de la guerra. En Hungría uniéronse á las tropas imperiales Baviera, Sajonia y muy pronto tambien Brandeburgo, además de otros contingentes menos numerosos de distintos territorios del Imperio: y aunque pueda echarse en cara al Austria que en aquella ocasion (y aun en algunas otras posteriores) estuvieran al frente de los Estados y de los ejércitos con mas frecuencia italianos y españoles que alemanes, los nombres que mayor fama ganaron en aquella guerra antes de que los oscureciera el de Eugenio de Saboya, fueron Maximiliano Manuel de Baviera y Luis Guillermo de Baden, príncipes alemanes.

La empresa de los venecianos contra Morea tambien debió buena parte de su éxito al auxilio de las armas de Alemania, pues el núcleo mas sano del ejército que Morosini en 1685 condujo al Peloponeso lo formaban, con los italianos y los griegos, las tropas mercenarias alemanas, de Brunswick, Sajonia, Wurtemberg y Hesse, á cuyo frente iba un noble alemán, el conde Oton Guillermo de Konigsmark, que con perfecto derecho puede compartir con el «Peloponeso» la gloria de la conquista de Morea. Asimismo tomaron parte los alemanes en el funesto sitio de la Acrópolis de Atenas (otoño de 1687), y sobre este punto bueno es hacer constar que no fué alemana, sino veneciana, la mano que disparó aquella desastrosa bomba que cayendo en el polvorin de los turcos ocasionó la ruina del Partenon (2). Mas aun, cuando Morosini, elegido dux, emprendió al año siguiente la conquista de Negroponto, de los 16,000 hombres del cuerpo de desembarco con que se hizo á la mar, eran alemanes 8,000. Morosini perdió aquella campaña y Konigsmark la vida en ella, falleciendo de la peste en setiembre de 1688 y regresando poco despues la mayoría de los contingentes alemanes á su patria.

La historia de Alemania no puede pasar por alto con indiferencia estas hazañas guerreras de aquellos valientes germanos sin mas razon para ello que la de haberse puesto á sueldo del extranjero para servir á una causa extranjera tambien. En este punto, por lo menos (aun tomando en cuenta consideraciones pecuniarias) (3), no es razon hablar sola-

(1) De Sourches: *Memoires*, tomo I, página 268. De otros muchos pasajes de estas Memorias se desprende el disgusto que esta guerra contra los turcos produjo en Luis XIV, quien prohibió á la princesa Conti que enviara á su esposo en Hungría dinero de su peculio y la trató con palabras muy duras al saber que habia contravenido á sus mandatos (tomo I, págs. 199 á 284). El sincero de Sourches indica con toda ingenuidad los motivos de esta enemiga: «los intereses de Francia no estaban en que Conti ayudase al emperador á tomar plazas ni enseñase á las tropas imperiales á sostener sitios ayudándolas á ello con su dinero y con sus ejemplos, porque de una parte la debilidad del emperador hacia la grandeza de Francia, y de otra las tropas imperiales, instruidas en el arte de sostener sitios contra los turcos, podrían algun dia aprovechar estas lecciones contra las plazas francesas.»

(2) Véase Ranke: *Los venecianos en Morea* (W. W. 42), pág. 296.

(3) Véase mas arriba.

mente de landsquenets, de sueldo de sangre y de mercenarios vendidos, pues en la participacion de los alemanes en aquellas expediciones guerreras se patentiza cierto sentimiento de la importancia elevada, general y cristiana de aquellas empresas. El enemigo que se cobijaba bajo la enseña de la media luna era el enemigo de todos. El duque Ernesto Augusto de Hanover puso al frente de las tropas que envió á la república de Venecia á su propio hijo, el príncipe Maximiliano Guillermo, y capitaneó en persona á los dos regimientos hasta dejarlos en la capital del Estado veneciano (4).

De suerte que tambien en estos territorios el nombre alemán conquistó fama guerrera por haberse puesto al servicio de una buena causa, primero bajo la direccion de Konigsmark en afortunadas guerras, y treinta años despues en luchas desgraciadas cuando otro alemán, el conde Matías de Schulenburg, como general veneciano, mas rico en gloria que en éxitos duraderos, capitaneó el ejército de la república en la guerra que terminó con la pérdida de Morea (1718).

Ni un átomo de esta gloria cupo á la Francia de Luis XIV; muy pronto se comenzó á pensar en Versalles, con cierto descontento y con miras mezquinas, en los perjuicios que la conquista cristiana de Morea ocasionaba á los privilegios comerciales franceses en Levante (5).

A estos hechos que significaban una disminucion, aunque casi imperceptible, positiva, de la preponderancia francesa y de la fama y consideracion de que Francia disfrutaba en el mundo entero, agregáronse otros de distinta indole, pero mas amenazadores.

Las alianzas que la monarquía francesa tenia en el Imperio no constituían ya, desde las *reuniones*, aquel sólido edificio que habian formado algunos años antes, y aunque un adulator de Luis XIV, en el zócalo de un monumento triunfal erigido en honor de aquel monarca, representó alegóricamente al Imperio alemán en la figura de un esclavo encadenado, es lo cierto que desde la alianza de Luxemburgo Francia no podia estar tan segura de este esclavo como en otro tiempo lo estuviera.

La pérdida de la alianza con el jóven elector Maximiliano Manuel de Baviera fué en extremo sentida en Versalles. Aunque su hermana estaba casada con el Delfin y á pesar de cuantas tentativas hizo Francia para atraérselo, ofreciéndole en matrimonio los mas brillantes partidos, el príncipe bávaro permaneció inquebrantable y fiel á la alianza con el emperador. Delante de Viena y en Hungría conquistó Maximiliano brillante gloria, y «el rey azul», como le llamaban los turcos á causa del color de su escudo, llegó á ser una figura terrible en el campamento otomano. Despues entró en Viena, ceñida de laureles la frente, y en julio de 1685 celebró sus bodas con la archiduquesa María Antonia, única hija que le quedaba al emperador Leopoldo de su esposa española María Margarita, que habia fallecido en 1673. Este matrimonio con la hija del emperador, dotada de bien pocos atractivos personales, abrió á la ambicion de Maximiliano Manuel los mas vastos horizontes: cierto que en las capitulaciones matrimoniales la archiduquesa tuvo que renunciar á todo derecho sobre los territorios austriacos y á la totalidad de la herencia española; pero se le aseguró que una vez extinguida la línea hispano-hamburguesa los Países Bajos serian para ella y para su esposo, y aun sobre este particular ofreció el emperador á abogar cerca de la corte de Madrid

(4) Havemann: *Historia de los países de Brandeburgo y Lüneburgo*, tomo III, pág. 313.

(5) Zinkeisen: *Historia del Imperio otomano*, tomo V, págs. 486 á 499.

porque ya en vida del rey Carlos II el elector Maximiliano Manuel fuese nombrado virrey de aquel país, y como tal puesto en posesion provisional de la provincia que despues habia de heredar (1). Es muy digna de notarse la indignacion que la primera noticia de tales tratos produjo en el ánimo de

Luis XIV, quien, comprendiendo desde luego el peligro inminente que para la realizacion de sus planes significaba la ingerencia del elector bávaro en la cuestion de la sucesion al trono de España, y la necesidad de contrarrestarlo desde sus comienzos, apercibióse á emplear para esto los medios



El marqués Luis Guillermo de Baden

Segun un grabado en negro de E. C. Heiss (fallecido en el año 1731)

mas enérgicos y envió á Madrid como embajador extraordinario al marqués de Feuquiere para formular la mas firme protesta contra un plan que lesionaba los derechos eventuales del Delfin y que de llevarse á cabo habia de ser el rompimiento del armisticio de veinte años. El embajador, cumpliendo su cometido, amenazó en términos claros y terminan-

tes con la guerra para el caso de que no se renunciara á aquel proyecto (2).

El resultado de aquella amenaza fué que por de pronto no se habló mas del plan de la regencia bávara en los Países Bajos españoles, tanto mas cuanto que la política austriaca, en vez de apoyarla, la combatió secretamente. Mas no ganó con ello gran cosa Luis XIV, pues en seguida se cifraron en

(1) Heigel: *Fuentes y disertaciones para la historia moderna de Baviera*, N. F. (Munich, 1890), pág. 103; O. Klopp: *Caida de la casa Estuardo*, tomo III, pág. 42. Acerca de los planes ulteriores que el emperador pudiera fundar en esta renuncia, véase Gadeke: *La política de Austria en la cuestion de la sucesion española* (Leipzig, 1877), tomo I, pág. 23.

(2) Las noticias mas exactas acerca de esta mision de Feuquiere véanse en Legrelle: *La diplomatie française et la guerre de succession d'Espagne* (Paris, 1888), tomo I, pág. 260, en donde se insertan tambien la característica instruccion y la memoria enviadas al rey Carlos II.

mas elevadas miras las esperanzas de Maximiliano Manuel. La archiduquesa María Antonia con quien éste se casó era considerada en España como la heredera que mejores derechos tenía al trono después de la muerte del estéril Carlos II; de suerte que al lado de las candidaturas austriaca y francesa apareció entonces con derecho propio la candidatura bávara, la cual ganó en Madrid tanto terreno, que las probabilidades en favor del elector parecieron superar á las de todos los demás candidatos. El monarca español se mostraba inclinado, y así lo decía públicamente, á la sucesión del de Baviera, y en la corte formóse un partido bávaro que cada día veía aumentar sus fuerzas, pudiendo muy pronto afirmar un embajador bávaro desde Madrid que el elector de Baviera era considerado como el primero después del rey y que se le respetaba y atendía como á un verdadero infante de España. En Madrid fueron celebrados con brillantes festejos los triunfos por él conseguidos en Hungría contra los turcos; y cuando Maximiliano Manuel fué herido, al arzobispo de Toledo mandó hacer rogativas públicas por su curación en las iglesias de Madrid (1).

De modo que el joven Wittelsbach, merced á su enlace con una princesa austriaca, había conseguido, contra lo que esperaba y aun deseaba Austria, una posición muy superior al poder y á la importancia que por sus propios títulos le correspondían. Luis XIV había perdido con Maximiliano Manuel un aliado en Alemania y en cambio había visto surgir con él en España un rival poderoso.

Por esta razón el monarca francés hubo de considerar mas preciosa la estrecha alianza que le unía con el otro potente elector alemán, Federico Guillermo de Brandeburgo; pero también éste sentía á la sazón cierta perplejidad que acabó por llevarle á la postre al bando contrario.

La política de rencor hacía los alemanes y de unión á Francia no había reportado grandes ventajas al elector brandeburgués. Cierta que disponía de un ejército numeroso y pronto á entrar en campaña y que los subsidios franceses le ayudaban á mantenerlo; pero el Brandeburgo se hallaba políticamente aislado y todo el mundo le miraba con desconfianza; la amistad del gran monarca era en extremo exigente y dominadora; la cuestión sueco-pomerania no había avanzado un solo paso y Luis XIV dió muy pronto á comprender que no debía esperarse de él que consintiera en resolverla y mucho menos que cooperara á su solución.

En el libro del destino estaba escrito que el gran elector no había de terminar su gloriosa existencia encadenado á una alianza antinatural y apartado de los que un día fueron sus amigos. Los tratados de amistad firmados con Francia desde 1681 habían sido un error político que solo aparentemente podía justificarse por la pretendida necesidad del armisticio de Ratisbona. Federico Guillermo comenzó después á desprenderse de estos lazos lenta y prudentemente, y el primer paso importante para ello fué la reanudación de las relaciones amistosas con los Países Bajos. La enemistad entre éstos y el elector había ido siempre en aumento desde la paz de Nimega, pues á las diferencias entre ambos surgidas por cuestión de los importantes atrasos de subsidios debidos desde los tiempos de la guerra vinieron á agregarse las contiendas por los territorios coloniales del golfo de Guinea, de que en otra ocasión hemos hablado. Parecía que los dos Estados, en otro tiempo tan estrechamente unidos, habían de ser en lo sucesivo enemigos irreconciliables. Guillermo III de Orange, en su incansable afán por lograr la organización de una gran coalición europea contra Francia, no perdió,

(1) Heigel: *Fuentes y disertaciones*, etc., tomo I, pág. 95.

sin embargo, la esperanza de atraerse nuevamente á su encolerizado tío de Berlín, y aunque fracasaron muchas tentativas para llegar á este resultado, al fin ambos príncipes llegaron á una inteligencia eficaz en atención á la situación peligrosa por que atravesaba el protestantismo.

La violencia cada día mayor con que eran perseguidos los hugonotes en Francia produjo vivísima indignación en todos los círculos protestantes y fué causa de que Federico Guillermo y el de Orange deliberaran acerca de la necesidad de una alianza para proteger los intereses protestantes en Europa. Mientras un predicador llamado Francisco Gaultier, emigrado de Francia, seguía en Berlín por encargo del príncipe las negociaciones relativas á este plan, recibióse la noticia de que había muerto el rey Carlos II de Inglaterra (5 de febrero de 1685). Y como su sucesor era el duque de York, dábase el caso de que la Inglaterra protestante tuviese en Jacobo II un monarca católico.

Este acontecimiento influyó sobre manera en la reorganización de los partidos europeos: el centro de gravedad entre el elemento católico y el protestante quedaba fuera de su sitio de un modo funestísimo para este último, y muy pronto fué general la idea de que era preciso que sucediera algo que salvase el amenazado equilibrio. El elector Federico Guillermo, al tener noticia de la muerte del rey Carlos, expresó la opinión de que Guillermo de Orange debía intervenir en los asuntos de Inglaterra, declarando ilegítima la sucesión católica y apoderándose del trono en nombre de su esposa, la Estuardo protestante. Levantaron bandera de rebelión en Escocia el conde Archibaldo Argyle y en Inglaterra misma un hijo natural de Carlos II, el joven duque Jacobo de Monmouth, «como inglés y como protestante», según decía, pero en realidad como pretendiente, según su intención y su deseo: ni uno ni otro contaban con grandes elementos y ambos acabaron en el cadalso. La monarquía católica de Jacobo II resistió este primer ataque.

Guillermo de Orange y el elector Federico Guillermo ninguna participación tuvieron en estas empresas, pero como uno y otro tenían fijas sus miradas en los temibles sucesos que se desarrollaban en Inglaterra y en la peligrosa comunidad de intereses que existía entre Jacobo II y Luis XIV, esta circunstancia contribuyó eficazmente á la reconciliación de ambos príncipes y de sus Estados. Cuando en el verano de 1685 el elector envió al Haya al consejero privado Pablo de Fuchs, que entonces y en los veinte años siguientes (falleció en 1704) fué uno de los hombres de Estado brandeburgueses mas influyentes y que era acérrimo enemigo de la alianza francesa (2), para anudar las relaciones que antiguamente existieron entre los dos Estados, el éxito de su misión fué mucho mas rápido de lo que los mas optimistas pudieran esperar: la cuestión de los subsidios atrasados quedó resuelta de una manera equitativa y á satisfacción del elector, y las contiendas con la Compañía de las Indias Occidentales acerca del comercio de Guinea, si no completamente, quedaron á lo menos provisionalmente zanjadas. Lo fundamental era redactar un artículo que en pocas y bien meditadas palabras quisiera decir mucho y por el cual se renovase en toda forma y se prorrogase hasta 1700 la antigua alianza entre Brandeburgo y los Países Bajos (23 de agosto de 1685) (3).

Sin decirlo expresamente llegaron ambos Estados á una inteligencia que se basaba en la necesidad de una común defensa contra cualquiera nueva agresión de Francia; pero

(2) Véase Salpius: *Pablo de Fuchs hombre de Estado brandeburgués del siglo decimoséptimo* (Leipzig, 1877), pág. 54.

(3) Véase Morner: *Tratados internacionales*, pág. 470, donde se reproduce literalmente el artículo.

no se limitaron á esto, sino que desde aquel momento entablaron Guillermo de Orange y el elector minuciosas negociaciones relativas á un porvenir inmediato, celebrando estos dos príncipes, durante el verano de 1686, una entrevista personal en Cléveris. El elector intimó también con el conde

Waldeck, á la sazón confidente de Guillermo III, y los dos personajes que cuando jóvenes habían trabajado juntos, aunque en vías políticas muy distintas de las de aquel instante, volvieron á encontrarse en los últimos años de su vida para cooperar unidos á la realización de una grande obra.



El elector Maximiliano Manuel de Baviera. De un grabado en negro de Pedro Schenck (1645-1715)

Es muy de sentir que solo tengamos informes incompletos acerca de los pormenores de estas deliberaciones, en las cuales se procedió con gran circunspección para engañar á los diplomáticos franceses que las seguían atentamente, razón por la cual apenas se confió nada al papel. A pesar de ello es indudable que en aquellas conferencias se habló extensamente de la necesidad de una nueva lucha decisiva contra Francia y de la empresa de Guillermo III para destronar á Jacobo II de Inglaterra. Cierta que por entonces cuanto se convino fué de una manera provisional y sin compromiso solemnemente, simplemente como un acuerdo privado, pues el elec-

tor permanecía con toda intención en buena inteligencia con Luis XIV (1); pero en el ánimo del gran Orange, agitado por tantas y tan difíciles cuestiones, hubieron de pesar seguramente mucho el consejo del experto brandeburgués y la perspectiva de tener algún día de su parte el poderío de su Estado.

(1) Carta del elector á Luis XIV (fechada en 5 de diciembre de 1685), en la que justifica la renovación de la alianza con los Países Bajos, *Memorias y documentos*, tomo III, pág. 541; Federico Guillermo había notificado á la corte de Francia esta alianza antes de que hubiese sido ratificada.